

Murcia

Antonio Galiano, 84 años

M^a Carmen Sánchez Moreno, 26 años

LA HISTORIA DE ANTONIO

Antonio tiene esa mirada serena que dan los años y el saber. Su semblante me dice que ahora mismo no está aquí, conmigo. La mirada se le turba en algo parecido a un "...pero así fué". Creo que le he tocado el alma con lo de "Y usted, Antonio ¿Cómo lo vivió?". Se toma su tiempo para ordenar recuerdos, quizá también para asustar fantasmas. Al cabo de unos minutos que parecen cuajados de silencio y de pasado se incorpora y me confirma: "... pero así fue".

Pero mejor comenzamos por el principio. A Antonio le tocó compartirlo todo desde muy chiquillo, ocho hermanos más tenían que comer y que salir adelante, y él no era el más pequeño. Aquello de estudiar, me cuenta, fue sólo para los dos mayores. Cuando le dije a mi padre que yo también quería ser veterinario me espetó un y yo general y aquí estoy!. No lo dice con amargura, pese a la tristeza que ya me empieza a atenazar, más bien al contrario comienzo a ver un destello de vida en sus ojos, como de ¿agradecimiento?. No comprendo nada: pero Antonio, ¿entonces?. Entonces había que cuidar de los pequeños, y por Dios que no me arrepiento me suelta convencido.

Mi padre era un buen hombre y nos mantuvo alejados de la guerra tanto como pudo, pero cuando le pillaron a él, las cosas cambiaron, deja arrastrar las palabras como si temiese al pronunciarlas que su padre volviera a sufrir. Le propongo que continuemos charlando otro día y sonrío, es un crack este Galiano, Antonio Galiano, de los Galiano de Cambil de toda la vida, "para servirle a Dios y a usted". Esta entrevista está empezando a hacerme plantear cosas que hasta hoy daba por sentadas. Esos viejos formulismos del "a Dios y a usted" no suenan nada rancios cuando te das cuenta de que lo que hacen es devolverte una dignidad y una clase que muchos jóvenes, desgraciadamente, estamos perdiendo por el camino del todo fácil y el "tutéame, por favor, no soy tan mayor".

Antonio resopla como una ballena cansada, casi traspira el cansancio de los días de guerrillero en el campo, movilizado a la fuerza por la guerra de Madrid. La menciona como algo externo, no me habla de bandos ni odios, sólo de hambre y con la sencillez de quien no ha terminado de entender por qué una España se enfrentó a su otra mitad.

Dando tumbos estuvo desde los 14 años, de Sevilla a Jaén, pasando por Málaga y cantidad de serranías de las que ni conoció el nombre; "No estaba la cosa para preguntar nombres, ¿sabes?". Campos llenos de chavales como él, escondidos no se sabe muy bien de qué, separados de sus familias a la fuerza con un "es mejor así" por toda explicación. Y el Hambre. La he puesto conscientemente con mayúsculas porque así lo he leído en los ojos de Antonio. La menciona con un respeto que ninguno de mi generación podría llegar a concebir. Yo asiento, pero creo que jamás llegaré a imaginar lo que verdaderamente ha sufrido este hombre.

"Pero yo tuve suerte", de nuevo el brillo agradecido de su mirada. "La suerte fue mi única compañera en medio de la sierra. Yo ví cómo mataban a compañeros por intentar volver con sus familias. Pero antes los golpeaban para que los demás no hiciésemos lo mismo". Tomo aliento, ya me parece sentir el hálito del miedo en la boca del estómago de un chaval de 14 años, obligado a convertirse en hombre demasiado aprisa, sin madre, sin hermanos, por la guerra.

"A mí nunca me tocó, el ingenio fue en mi ayuda. Tenía salidas más o menos ocurrentes cuando la cosa se ponía fea", sonrío. Parece divertirse la visión de aquellos días, pero sólo dura un momento. "Descalzo, ¡y el hambre! Un año estuve comiendo lentejas... sólo lentejas, y yo tuve suerte... El Gobierno militar se instaló

en Sierra Nevada, ¡hacía un frío!, era diciembre...”. Órdenes y más contraórdenes, alférez, tenientes, cabos decidiendo sobre su vida y su destino como si aquello fuese normal. La vida del cuartel era más que espartana, de supervivencia, nada de camas ni jergones, la tierra húmeda por lecho en un invierno que les trajo frío además al corazón; era la primera Navidad sin los suyos, Antonio me da a entender que una familia de 11 miembros es todo un jolgorio cuando llegan las fiestas.

“Pero yo sé que salieron adelante, y en parte fue porque me fui”. Ahora sí que no entiendo nada, mi cara debe de ser un poema, así que Antonio se extiende: “Por las represalias, claro. En aquel entonces no se andaban con chiquitas. Si te negabas a `colaborar´ tu familia iba al paredón, los mataban delante de ti, vimos caer a muchos vecinos y después iban a por ti; pero habiendo visto asesinar a los tuyos, y por tu culpa”.

“Gracias al cielo yo salí bien parado. Aquello terminó y pude formar mi propia familia. No somos tantos como éramos en la mía, pero hemos salido adelante y tengo dos nietos que son dos soles”. Sonríe. Creo que nunca volveré a tener motivos para quejarme cuando llegue tarde el autobús o se me quemé el asado. Antonio me mira, tranquilo. Este hombre saca hasta de los recuerdos más negros una razón para seguir vivo, antes, como ahora: “los suyos”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Mientras me enseña su magnífica colección de sellos de todo el mundo “Yo también he viajado ¿sabes?”, la habitación parece tomar de pronto otro cariz. Se le iluminan los ojos de luchador cuando repasa conmigo los lugares que ha conocido con su familia: Brasil, Colombia, Ecuador... “También he estado en Alemania...” De pronto, una nube negra parece enturbiar sus recuerdos, “pero si estuviera ella...”

“María era una mujer de bandera”, me percaté de que no le falta razón mientras observo la fotografía ajada por el cariño ausente y los años. Un cáncer se la llevó hace cuatro años. “Ni un día me separé de ella”, le creo. “Antonio...”, no sé si es buen momento para preguntar: “¿tu con qué te quedas de la vida?. Has viajado, has vivido una guerra, has progresado en tu trabajo...”. “Con lo que ella me dió: mis hijos.” No le ha costado ni una fracción de segundo responder. “Nada vale la pena si no se comparte.” Me quedo muda, no me esperaba algo así. Continúa: “¿De qué sirven el dinero y las casas? Sólo los tuyos le dan sentido a este baile”. Este baile de la vida es para Antonio algo más que sobrevivir. Es tener cerca a los suyos y serles fiel hasta el último momento, con eso se queda de la vida Antonio Galiano, de los Galiano de Cambil de toda la vida.